

DR. MANUEL MORA VALVERDE¹

Manuel Mora S.

Quiero agradecer, sincera y profundamente, en nombre de toda mi familia y de los muchos seguidores y administradores de mi padre, la decisión de la UNED de conceder a Manuel Mora Valverde el título de Doctor Honoris Causa.

Es importante que sean precisamente las universidades, primero la Universidad de Costa Rica al otorgarle el *Premio Rodrigo Facio*, y ahora la Universidad Estatal a Distancia, quienes hayan concretado la iniciativa de hacer no sólo un poco de justicia histórica, sino de contribuir, valientemente, al esclarecimiento de la historia del país. Se trata, en el fondo, de reubicar históricamente a figuras y hechos que, por razones no científicas o históricas, no han sido ubicados donde el pueblo, con su memoria pertinaz y tozuda, sabe realmente que les corresponde estar. Estos reconocimientos serios, científicos, históricos, y tan excelentemente razonados, provenientes de Universidades del Estado, constituyen, sin lugar a dudas, un aporte importante al desarrollo de la conciencia política del país, tan necesitado hoy día de una cultura política superior, cimentada en lo mejor de nuestra propia herencia y de la experiencia mundial.

Se me ha pedido intervenir en el presente homenaje a mi padre en nombre de la familia. Lo hago en esa condición, pero me resulta imposible hablar circunscribiendo mis palabras a aspectos puramente familiares, anecdóticos. No pretendo escribir en esta breve intervención un ensayo sobre la vida política de Manuel Mora Valverde, sino aportar aspectos importantes que señalan su lucha y su vida, desde mi óptica, como hijo y como subalterno que ha trabajado a órdenes casi desde muy niño, escuchando su poderoso pensamiento, siempre político, práctico, concreto, profundamente lógico, pero por encima de todo, costarricense y humanista, hasta en sus más mínimos detalles.

En muy pocos casos, *el ser de nuestro pueblo* caló tan hondo en el subconciencia político de una persona, como en Manuel Mora Valverde. Y caló tan hondo que ni el dogmatismo, ni las inercias estereotipadas, ni la falta de originalidad, fenómenos todos que hicieron estragos en las filas del marxismo, pudieron sacarlo nunca de su visión de la política entendida como una ciencia y consecuentemente regida por leyes. Es esa la razón por la cual, al derrumbarse el modelo de socialismo que podríamos llamar estalinista, cuando muchos caen en la lamentación o el pesimismo y otros abjurando de sus ideas, mi padre sigue tan optimista como el día que renunció a una beca para estudiar física y matemáticas en Francia y decidió consagrar toda su vida, todo su ser, a la lucha social.

Nadie, absolutamente nadie puede afirmar que las razones que llevaron a mi padre a dedicar su vida a la lucha social han desaparecido. Los males que afectan a la humanidad

¹

Palabras pronunciadas en el acto solemne de entrega del Doctorado; Honoris Causa de la Universidad Estatal a Distancia (UNED) al Lic. Manuel Mora Valverde, realizado en el Teatro Nacional de Costa Rica el 29 de junio de 1994.

son ahora más terribles, dramáticos, y paradójicamente absurdos -si los ubicamos en el contexto de enorme desarrollo tecnológico y productivo actual-, que cuando Manuel Mora, en los barrios del viejo San José, parado en un banquito de madera, hacía emotivos y enérgicos discursos contra la injusticia social. De estos primeros discursos poco nos ha llegado. Quizás las anécdotas. Posiblemente eran incendiarios y extremistas. De una cosa sí podemos estar seguros: eran inteligentes, brillantes y cortantes, honrados, como honrada ha sido toda su vida. Porque la honradez sin tacha mi padre la heredó de mis abuelos, los verdaderos formadores de la extraordinaria personalidad del gran patriota y revolucionario que ha sido Manuel Mora Valverde.

Este homenaje a mi padre, sin duda alguna, es también un homenaje a mis abuelos y a los antepasados que en los momentos más críticos de la historia patria, cuando se libró la verdadera guerra de independencia de Costa Rica contra los filibusteros, supieron ir construyendo la herencia de honor, de sacrificio, de lucha, de amor a nuestra nacionalidad de la cual se nutrió mi padre desde su más tierna infancia.

La injusticia social mi padre la vivió en carne propia. No tuvo que leerla en libros. Durante la dictadura de los Tinoco, al irse mi abuelo al exilio a unirse a la lucha armada contra la satrapía, toda la familia vivió momentos terribles. Vendió sus juguetes para llevar comida a la casa. Conoció la naturaleza y la barbarie del "capitalismo salvaje" -como lo ha llamado el Papa Juan Pablo II-, cuando por falta de dinero no pudo comprar el oxígeno que necesitaban dos hermanitas enfermas de tosferina y las vio morir afixiadas. Según sus propias palabras, esa tragedia determinó su entrega política, no por resentimiento social sino por convicción humana. A partir de ese momento, concientemente, se preparó para luchar por su pueblo. Subordinó sus intereses puramente personales a los intereses sociales y convirtió la lucha por los pobres y los necesitados en su razón de ser.

Apegado al concepto de que *la historia la hacen los pueblos y no los grandes hombres*, mi padre, actuando según mi criterio con un poco de dogmatismo, nunca ha querido hablar de cosas personales. Incluso se ha negado siempre a que se escriba su biografía. Su imagen personal, familiar, es muy poco conocida. Su recia y rica personalidad tiene una profunda huella de mis abuelos. De mi abuelo, obrero ilustrado, hombre de gran inteligencia, extraordinario conversador, heredó el alma indómita, la búsqueda de la libertad de mente y espíritu, la autenticidad a toda costa. De mi abuela, mujer culta y bien educada, heredó una potente y extraordinaria fuerza de personalidad y los principios cristianos, que ella misma vivía y predicaba con su ejemplo inmaculado. De ambos heredó la sencillez, la verdadera modestia, la responsabilidad en el trabajo, la valentía y el coraje personal sin límites. Del pueblo, de nuestro humilde pueblo costarricense recibió todo. Resalto como cualidades sobresalientes muy suyas y muy de nuestro pueblo la tolerancia, la flexibilidad y el pragmatismo político. En esa idiosincrasia de nuestro pueblo, que él supo integrar, amalgamar en su ser, radica su vacuna contra los fundamentalismos y los dogmatismos que siempre ha rechazado para bien del país.

A lo largo de su trayectoria política, principalmente en sus primeros discursos, Manuel Mora Valverde enfrenta los verdaderos conceptos cristianos, de justicia social, a los ataques hipócritas, dignos de los fariseos, sin esconder su ideología. Entendía desde esa época que realmente entre los principios del cristianismo y los de la revolución no había contradicción. Antes bien, al cristianismo lo veía, y lo sigue viendo, como una doctrina eminentemente revolucionaria en el sentido científico del término. Fue esa visión genial la que le permitió años después concretar la alianza con Monseñor Sanabria.

Manuel Mora llegó al Congreso muy joven, a la edad de 24 años. Realizó lo que a juicio de muchos estudiosos es la más brillante carrera parlamentaria del país en este siglo. Lo digo consiente de que a él, aquí presente, no le gustará tal afirmación. A algunos quizás les parezca un poco exagerada. En todo caso sí es un hecho que Manuel Mora inició aquí un nuevo tipo de parlamentarismo. Se trataba de un parlamentarismo totalmente ligado al sentir y a las luchas del pueblo. El Partido luchaba en la calle y Manuel Mora, junto a otros valientes e inteligentes diputados del Partido, en el Parlamento. La gran huelga bananera de 1934 se gestó en una batalla parlamentaria y fue la más clara y contundente muestra del espíritu revolucionario y de la fuerza que animaba esa nueva forma de parlamentarismo. En las polémicas del Congreso, verdaderas batallas sociales, se hizo la leyenda. Basta leer sus discursos o las crónicas de la época para sentir, como si fuera hoy, todo el talento, la cultura, la elocuencia, la lógica demoledora, la firmeza y al mismo tiempo la flexibilidad de su pensamiento político.

Un documento importante y poco conocido en la historia nacional es el primer *Programa Mínimo del Partido Comunista*, que se publicó en el periódico *Trabajo* del 13 de marzo de 1932. Están ahí, delineadas, clara y escuetamente, muchas de las conquistas sociales que se concretaron gracias a la alianza con el Dr. Calderón Guardia y la Iglesia Católica, y en gobiernos posteriores. En el *Programa Mínimo* se confirma también la claridad y el pragmatismo con que veía la realidad social el Partido Comunista, fundado y dirigido por Manuel Mora Valverde. La poca experiencia de ese brillante grupo de jóvenes era compensada con el talento, el entusiasmo, la audacia y el optimismo sin límites, casi temerario, cualidades por cierto nada despreciables y sumamente necesarias en todos los tiempos, principalmente en los de crisis, pero que solo genera la convicción y la confianza.

En mi opinión, de ese período deben sacarse muy importantes lecciones políticas, no simplemente por razones académicas, sino de orden muy práctico. Hoy día el mundo entero, y nuestro país en particular, atraviesa momentos sumamente complejos. La intolerancia racial, religiosa, política, cultural, etc., hace estragos en el mundo. Fenómenos que creíamos desaparecidos han renacido de las entrañas del sistema mismo. Las guerras parecen ser la vía de solución de los problemas ante la incapacidad de las potencias y de los organismos internacionales para solucionar pacíficamente los problemas. En nuestro país la violencia y la miseria hacen cada día más pobres a los pobres y más ricos a los ricos. La

inseguridad ciudadana es una realidad tenebrosa. Nuestras calles son selvas de asfalto llenas de peligro para los ciudadanos. Nuestro país se acerca a una situación de crisis.

Después de la guerra civil mi padre fue forzado al exilio y cuando le ofrecieron ayuda económica la rechazó. Únicamente pidió trabajo para alimentarse y cuidar a Carmen Lyra que agonizaba en México. Se ganó la vida escribiendo y en la primera oportunidad regresó al país para seguir luchando sin medir riesgos ni peligros personales. Se opuso siempre a cualquier aventura armada después de la guerra civil y sufrió, junto a su heroico Partido, las duras condiciones sociales, políticas y económicas que siguieron a la guerra civil. Abrió su bufete de abogado y litigó con brillo y honestidad. Ni por un minuto abandonó su lucha política.

Cuando se extendió por el continente la ola de la lucha armada que siguió al triunfo de la Revolución Cubana, mi padre sostuvo la tesis de la vía no armada de la revolución y se opuso a las aventuras militares en nuestro país. Esa postura política fue realmente el elemento decisivo que evitó la guerra en nuestro país. Debe conocerse que Manuel Mora Valverde jugó un papel decisivo en la conservación de la paz, cuando lo que sonaba en el ambiente eran los tambores de la guerra en Centroamérica. Posteriormente, por la paz del país supo sacrificar incluso la unidad de su propio Partido. Una vez más su brújula política fue certera, providencial y desinteresada.

En el año 1982, junto a su gran amigo don Pepe Figueres, Manuel Mora inició un plan de paz para Centroamérica. Dicho plan, el primero en el área, pretendía acabar con la guerra mediante una salida negociada y digna a los pueblos centroamericanos. Las fuerzas oscuras de todo signo ideológico se opusieron a dicho plan. Una consecuencia de esa oposición de las fuerzas oscuras de la guerra al plan de paz de mi padre y don Pepe fue la bomba que se colocó en un avión que debía transportar a ambos líderes desde Managua a San José. En lugar de don Pepe, como se suponía, viajó junto a mi padre nuestro actual presidente, don José María Figueres. Cuando ya el avión se preparaba para iniciar el despegue en Managua, se sacaron rápidamente unas maletas del avión, y cuando el carrito que las transportaba se acercaba a la terminal, estalló la bomba contenida en alguna de las maletas matando a varias personas y causando destrozos en el aeropuerto. Fue uno más de los muchos atentados criminales contra la vida de Manuel Mora. Ni las bombas, ni los atentados, ni las amenazas, calumnias e infamias, han doblegado nunca sus principios de luchador social.

Uno de los aspectos más importantes en la vida de los seres humanos es su realización plena, como tales. Un escritor místico escribía que la realización plena de una persona consiste, en que todo su potencial físico, intelectual y espiritual se desarrolle y manifieste plenamente en el gran laboratorio de la existencia humana que es la vida. A pocos días de cumplir sus 85 años mi padre es un ser plenamente realizado. Su vida, llena de sufrimientos y trabajos, de errores y aciertos, es extraordinariamente fructífera. Cuando leía y pensaba sobre el concepto de la realización plena del ser pensé necesariamente en mi

padre, cuya realización plena está en el corazón del pueblo, que es el verdadero monumento donde se immortalizan los grandes hombres. En el mundo actual resulta para muchos casi incomprensible que el fundador del Partido Comunista, sin claudicar nunca en sus principios, haya podido jugar un papel tan relevante y transformador en una sociedad como la costarricense. Esa gran lección está abierta para los estudiosos y para los luchadores sociales.

Señoras y señores, concluyo esta intervención expresando, en mi nombre y en el de toda mi familia, un infinito agradecimiento a las autoridades de la UNED que han hecho posible este gran homenaje a Manuel Mora Valverde. Hago votos porque la lucha de mi padre, prendida en el alma de los mejores hijos de la patria, siga siendo fructífera. Que su honradez, su bondad, su inteligencia, en fin, su humanismo, sean inspiración para los patriotas de hoy y del futuro.